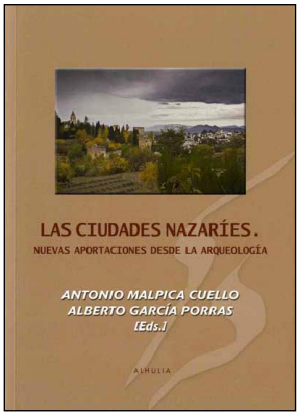
Antonio Malpica Cuello y Alberto García Porras (eds.)
Las ciudades nazaríes. Nuevas aportaciones desde la Arqueología
Editorial Alhulia, Granada, 2011, 397 págs.

Miguel Jiménez Puertas



«Por desgracia, la arqueología ha incumplido la mayor parte de las expectativas que había suscitado desde que se generalizó hace poco más de 20 años como un método de conocimiento histórico de la ciudad subyacente». Esta afirmación del arqueólogo Lorezo Cara, que se contiene en el libro que reseñamos, nos permite entender que lejos del elogio o la autocomplacencia, los trabajos que se reúnen en esta publicación aportan datos, ciertamente, pero sobre todo destacan por la reflexiones que realizan sobre el papel que la arqueología y los arqueólogos han jugado en el progreso del conocimiento de las ciudades del antiguo reino de Granada en las últimas décadas. Debemos esta edición a Antonio Malpica y Alberto García, profesores de la Universidad de Granada, en la que se recogen las contribuciones a las Jornadas de Arqueología Medieval que se celebraron en el año 2006 en Granada.

La negativa opinión de Lorenzo Cara (*La madina de Almería durante época nasri. ¿Hacia una ciudad rural?*) respecto al papel de la arqueología, que citábamos al principio de esta reseña, se puede resumir en la expresión «excavar por excavar», que aplica a la labor realizada por la mayor parte de los arqueólogos. Su estudio se basa en un riguroso análisis del *Libro de Repartimiento* de Almería, con el recurso a las intervenciones arqueológicas publicadas para contrastar resultados. Traza la evolución de una ciudad comercial, que colapsa debido a la conquista cristiana (1147-1157), evidenciándose el fracaso del intento almohade de refundar la ciudad, puesto que en época nazarí asistimos a su empobrecimiento y ruralización.

También se muestra crítico con los arqueólogos un especialista en las fuentes escritas como Virgilio Martínez Enamorado (*Historias inconclusas de una ciudad andalusí: otra vez sobre la Málaga nazarí*). Para él, la arqueología de urgencia debería tener un papel fundamental, «si no fuera porque confluyen otros intereses que no caminan precisamente por la senda del conocimiento científico». A pesar de ello, reconoce su necesario peso, si bien plantea el problema metodológico de «poder aunar información tan precisa de las crónicas con el registro arqueológico». Su hipótesis principal es que no

existió un esplendor nazarí de la ciudad, sino que al apogeo de época almohade sucede «el abandono casi completo de uno de los arrabales y la abundancia de huertas y espacios no urbanizados en el interior de la *madīna*».

Antonio Malpica, que analiza el caso de Granada (*Las ciudades nazaríes desde la Arqueología. Reflexiones sobre Madīna Garnāṭa*), muestra, en cambio, una opinión más positiva en relación con la arqueología, cuyo papel destaca al señalar «al registro arqueológico como motor principal del análisis». No obstante, en algún caso, se afirma que las «fuentes escritas … permiten con mayor claridad entender la composición del poder político y su acción con la sociedad, lo mismo que el peso de ésta frente a aquel». Para él, por ahora lo más visible arqueológicamente es la acción de los reyes nazaríes, porque se ha podido analizar con más claridad la función de las murallas construidas debido a su iniciativa, que cercan espacios dedicados a una agricultura intensiva, casi siempre en manos de la propia familia real o las élites que configuran el poder urbano.

A estos espacios creados por los monarcas nazaríes, al amparo de las nuevas murallas que cercan el Albaicín y el Realejo, se dedican sendos trabajos, por una parte de Ana Palanco (*La cerca exterior de Granada. El entorno de la Alberzana*) y, por otra, Alberto García y Eva Muñoz (*Un espacio singular de la ciudad nazarí de Granada. El Cuarto Real de Santo Domingo*), basándose fundamentalmente en intervenciones arqueológicas. El trabajo de Ana Palanco se centra en el reconocimiento de los sistemas hidráulicos localizados junto a la muralla de la Alberzana, que se explican a partir de la construcción de ésta. En este caso, el deterioro actual de las murallas, lleva a la autora a «destacar los problemas de conservación de este rico patrimonio que se encuentra abandonado y que apenas es conocido por la sociedad granadina. Por esto no lo aprecia ni valora».

En cuanto al estudio sobre el Cuarto Real, se trata de un trabajo arqueológico ejemplar, que ha conseguido mostrar, por una parte, una primera fase de ocupación de este espacio en el siglo XII, con una función agrícola; y, por otra parte, la construcción de un conjunto palacial, propiedad de la familia real y anterior a los palacios de la Alhambra, que hay que vincular con la construcción de la muralla que cercaba el arrabal de los Alfareros a fines del siglo XIII o principios del XIV. Es una muestra, sin duda, del potencial de la arqueología para reconocer los complejos construidos por iniciativa de los sultanes.

Otras dos contribuciones se apoyan en el análisis arqueológico para ilustrarnos distintos aspectos de la ciudad de Granada. De un lado, María Teresa Bonet y Ana Ruiz (*Un área del Albayzín granadino: el entorno del Arco de las Pesas*) plantean la evolución de un sector de Granada situado entre el núcleo original de la misma, la Alcazaba Antigua, y uno de los arrabales por los que se expandió a partir del siglo XIII, el Albaicín. Cabría destacar una reflexión general sobre el trabajo de los arqueólogos: «la falta de cohesión de nuestro colectivo también puede verse como un problema. Las distintas metodologías de excavación y los intereses por apoyar las diversas hipótesis históricas, a veces han cegado el verdadero objetivo de nuestra labor científica».

De otro lado, Raffaella Carta, Ángel González y José Antonio Narváez (*Las afueras de la ciudad nazarí de Granada. Evolución del área de Real de Cartuja a la luz de una intervención arqueológica*) dedican su análisis a un espacio que formó parte de la gran necrópolis islámica de Granada situada extramuros de la Puerta de Elvira. Analizan la tipología de los enterramientos y la transformación de este espacio en zona artesanal tras la conquista castellana. Para estos auto-

res, la perspectiva arqueológica permite recuperar la identidad de la ciudad medieval: «no ser cómplices de un olvido consentido de la historia de la ciudad y de la configuración de ésta y las diferencias entre las tramas urbanas de época medieval y cristiana».

Aparte de estudios sobre las principales urbes nazaríes, también encontramos en este libro contribuciones sobre otras ciudades menores. En el caso de Loja, quizá porque lo he analizado en diversos trabajos personalmente, se echa de menos que José Javier Álvarez y Antonio Buendía (*La configuración urbana de Madīnat Lauxa*) dediquen más espacio a las intervenciones arqueológicas que han dirigido y que han dado lugar a resultados muy interesantes, pero que no se han publicado detalladamente (estructura emiral de gran envergadura junto a la Torre del Homenaje, estructura nazarí en el Cine Imperial). En cualquier caso, debemos destacar el esfuerzo por comprender la configuración de la ciudad medieval y de primera época moderna y aplicar dichos conocimientos para explicar el resultado de sus intervenciones arqueológicas.

El panorama sobre la ciudad de Almuñécar, que debemos a José Javier Álvarez y Federico Molina (*La ciudad nazarí de Almuñécar)* se beneficia de una larga tradición de estudios arqueológicos, debida a la importancia de esta ciudad en época fenicia y romana, pero también a las investigaciones sobre el período medieval que llevara a cabo Antonio Gómez Becerra. Destaca fundamentalmente la información relativa al castillo de San Miguel y los recintos amurallados, así como a las estructuras vinculadas a la producción de azúcar.

En el caso de Guadix, Bilal Sarr (*Wādī Āš: la ciudad nazarí de Guadix a través de las fuentes escritas y arqueológicas*) analiza las fuentes escritas árabes e integra los resultados de las intervenciones arqueológicas más importantes en el esquema que trazara Carlos Asenjo a partir de las fuentes castellanas posteriores a la conquista, de modo que puede trazar los principales rasgos cronológicos de su evolución: restos arqueológicos a partir de época califal, configuración de importantes elementos en época almohade (mezquita aljama, muralla asociada al torreón del Ferro, construcción de gran parte de la actual Alcazaba) y apogeo en época nazarí (nuevos arrabales).

Pedro Gurriarán y Manuel Romero afrontan un aspecto concreto de la ciudad de Antequera (*La muralla de Antequera*), en el marco de un programa de recuperación de su muralla centrándose en la época nazarí: reforzamiento de estructuras anteriores mediante un forro de mampostería, construcción de una torre de tipo noble y de una puerta de aparato. Esta aproximación sistemática es muy útil y además evidencia la fuerte carga simbólica de estas construcciones debidas al poder nazarí.

Finalmente, aludiremos a la interesante contribución de Ángel Luis Molina y Jorge Eiroa, que abordan el estudio del poblamiento en la frontera entre el reino de Granada y el de Murcia (*La frontera castellano-nazarí. Evolución del poblamiento del área Xiquena-Tirieza*). Plantean, por un lado, la organización de la frontera castellana en torno a la ciudad de Lorca, mientras que por otro lado, en el sector nazarí, se incluyen los resultados del estudio arqueológico del castillo de Tirieza, que aporta novedades respecto a la estructura de las fortificaciones fronterizas granadinas.

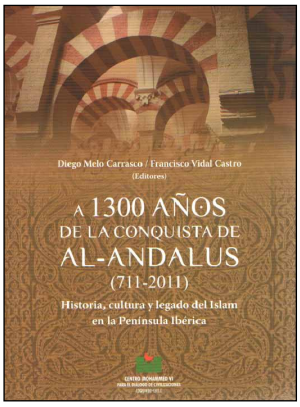
Esta publicación pone en evidencia que la investigación arqueológica, llevada a cabo con rigor, es capaz de producir verdadero conocimiento histórico. No obstante, aún en este caso, también es necesario dar un toque de atención sobre el enfoque general de muchos de los análisis que realizamos los arqueólogos. Como afirma Virgilio Martínez, «la topografía es el asunto

estelar», pero normalmente se trata de una topografía excesivamente descriptiva y funcional, que parece retratar una ciudad vacía, y cuando se pretende identificar a los impulsores, casi siempre encontramos detrás al poder, especialmente al poder de los sultanes, únicos personajes que parecen materializar su voluntad, en forma de murallas o palacios. Sin embargo, la arqueología ha demostrado su capacidad de entrar en contacto con las personas, con cualquiera de ellas, a través de sus cuerpos ya sepultados, de los objetos que manipularon o de las viviendas o calles que frecuentaron. No es una tarea fácil, pero debemos ser conscientes de que, de otro modo, estamos haciendo, como denunciara Miquel Barceló, simplemente una «arqueología del escenario donde el poder se representa a sí mismo» (*Arqueología medieval. En las afueras del «medievalismo»,* Barcelona, 1988, pág. 257). En este punto, me preocupa la falta de un debate explícito sobre el hecho de que, demasiadas veces, tan sólo somos capaces de identificar o analizar la expresión y el discurso del poder en las ciudades, mientras otras realidades no parecen dignas de una investigación más detenida o sólo son objeto de una caracterización tipológica impersonal.

Diego Melo Carrasco y Francisco Vidal Castro (eds.) *A 1300 años de la conquista de al-Andalus (711-2011): Historia, cultura y legado del Islam en la Península Ibérica*

Centro Mohammed VI para el Diálogo de Civilizaciones
Coquimbo (Chile), 2012, 569 págs.

Rafael G. Peinado Santaella



La conmemoración en 2011 de la conquista musulmana de la península ibérica ha coincidido con el intervalo de tiempo que ha mediado entre la desaparición de la Sociedad Española de Conmemoraciones Culturales y el nacimiento de Acción Cultural Española. Esta circunstancia ha proporcionado a buen seguro un alegre respiro a los españolistas rancios, uno de cuyos más afamados y jaleados líderes, como si quisiera recuperar la voz de don Rodrigo y sin ningún tipo de vergüenza histórica ni política, no tuvo empacho, pocos años atrás, en reprochar a los musulmanes que no le hubiesen pedido a él «disculpas por haber conquistado España y por haber mantenido su presencia en España durante ocho siglos». El Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, como es sabido, no quedó ajeno a dicha conmemoración y por eso acoge en las páginas de su revista esta reseña sobre una de las poquísimas obras que se han publicado con ese motivo, entre las cuales recuerdo, por la sencillez y calidad de sus aportaciones, el dosier que le dedicó el número 31 de la revista *Andalucía en la Historia.*